

Sábado 15.11.14
EL DIARIO VASCO

OPINIÓN | 25

ZULET



EN PRIMER PLANO

ANDER RAMOS
CIENTÍFICO DE TECNALIA

El mejor investigador. El donostiarra Ander Ramos se ha convertido en el primer no alemán en recibir el premio al mejor investigador joven con proyección en Alemania. Reconocieron sus trabajos que han logrado que personas paralizadas

por ictus hayan empezado a mover sus músculos. Doctor en Neurociencias, máster en Ingeniería Biomédica y en Ingeniería Industrial... con este currículum y sus logros, Ramos, que sueña con regresar a Euskadi, confiesa que su futuro está aún por despejar.

DONDE NACE EL VIENTO
FELIPE JUARISTI

Paseos

Uno sale a pasear sin ninguna pretensión, abierto a cualquier posibilidad, cualquier encuentro con otras personas...



Atardezcó con Aranguren, poeta. Me regala su último libro de poemas, magnífico, como todo los que ha escrito. Paseamos, a paso lento, casi mediterráneo. Vamos mirando a la gente que pasa, su porte, su andar, su existir. Nos alegramos de que la vida fluya, de que las gentes vayan y vengan, de que los amantes se amen y los odiantes se odien, que es lo suyo. Nos sorprendemos de cosas menudas e inciertas, que suceden sin que les demos mayor importancia: el paso ligero de un adolescente, el cansado de un anciano, el grito de un vendedor, el pequeño salto de un gorrión, las hojas que van cayendo sin saber la importancia de su acto. La ciudad, en abstracto, no es más que esa suma de pequeños detalles, sin los cuales la vida sería un poco más amarga.

Seguramente, es el paseo la forma más pobre de viaje. Para Walter Benjamin, sin embargo, era la metáfora de la propia experiencia. Uno sale a pasear, cuando lo hace solo, sin ninguna pretensión, ningún plan urdido. Sale a salir, abierto a cualquier posibilidad, a cualquier encuentro con otras personas, que son instantes que se roban a la monotonía diaria. Luego, más tarde, se recuerda cada gesto, cada baile de labios, el juego de manos; y se cuenta, no como algo anodino o superficial, un encuentro más, sino como algo que aportó el tesoro de la fraternidad.

Pasear por la ciudad no tiene ahora el significado de ver y dejarse ver, que tanto gusta a los que predicán el cuidado de sí mismos y el olvido de los demás; sino el de mirar con ojos ligeros y buscar la profundidad de otras miradas. Poca gente se mira a los ojos, por pudor o por miedo a lo que el otro esconde, ni se sienta en los bancos a comentar que la tarde ha quedado bonita y que las palomas vuelan y que el viento ha quedado atrapado en una sabana.

Atardecemos Aranguren y yo en una larga travesía por la ciudad. Paseamos para pensar y luego poder hablar sin prisa sobre lo pensado. Intentamos levantar las losas que aprisionan los conceptos y las dejamos abandonadas, así sin más, a la intemperie. Paseamos por placer, no por necesidad o prescripción facultativa. Coincidimos en que se está perdiendo el gusto por la palabra. Yo le regalo una: 'calendario'. Él me devuelve otra: 'almanaque'. Discutimos sobre la propiedad o impropiedad de cada término. No significan lo mismo, pero ambos son la mano que usa el tiempo para advertirnos. Nos demostramos. Cansados, nos sentamos en una terraza. Llueve.

XXV aniversario de los mártires de la UCA

PEDRO LAÍN ENTRALGO
INTRODUCCIÓN: JOSÉ ELLACURÍA

Una de las relaciones más importantes en la vida de Ellacuría y clave para su pensamiento filosófico, fue la entrañable amistad y entendimiento, que tuvo con tres grandes pensadores: Xavier Zubiri (1898-1983), Pedro Laín Entralgo (1908-2001) y Diego Gracia (1941).

A comienzo de los años sesenta, Ignacio terminó sus estudios teológicos en Innsbruck y tenía entre manos el elaborar su tesis doctoral con Zubiri. Fue entonces cuando Laín conoció y fue testigo de la vida y vocación intelectual de ambos. Entonces Ignacio tendría 30 años. Zubiri decía que «había encontrado a un idóneo colaborador y discípulo, el más asiduo e íntimo entre todos». Y también fue providencial para Ignacio, pues encontró al deseado y oportuno maestro, un filósofo de oficio, un metafísico.

En 1965, en la Universidad Complutense de Madrid, Ignacio defendió su Tesis Doctoral. La principalidad de la esencia en Xavier Zubiri. (1094 pp.) Los catedráticos se hallaban en la tribuna, Ignacio en medio y los familiares en los asientos de atrás. Entre estos quiso estar presente el mismo Xavier. En un punto hubo un pequeño desencuentro entre un catedrático e Ignacio. Desde atrás, Zubiri le hacía señas al catedrático diciéndole que Ignacio tenía la razón. Dicen que esto influyó en el jurado calificador que le otorgó un sobresaliente, en lugar de la calificación máxima de summa cum laude.

Más tarde, Zubiri diría que Ignacio fue el mejor y más profundo conocedor de su pensamiento. Hasta su muerte, ambos analizaron y discutieron el contenido de sus conferencias, cursos y libros. Xavier no daba ningún curso ni publicaba nada que no hubiera

sido aprobado antes por Ellacuría.

El Dr. Laín Entralgo y Xavier Zubiri escribieron por separado una carta al P. Arrupe, en ese entonces Superior General. El Dr. Laín insistía en el peligro de que asesinaran a Ignacio y la necesidad de su ayuda en España. «Ahora si puede pasar», escribía Ignacio. Zubiri decía a Arrupe: «Me resisto a creer que la Compañía de Jesús no me tienda una mano, aunque sea tan indigno de ella» (Carta del 29 de Enero de 1967). Después de un tira y afloja se llegó a la conclusión: Ellacuría pasaría tres o cuatro meses en Madrid, y ocho o nueve meses en San Salvador.

Presentamos la carta de Don Pedro, buen conocedor y amigo de Ignacio, que le describe más lo que fue (Pharmakós), que por lo que hizo y nos anima a seguir su legado.

Carta de don Pedro Laín Entralgo a Ignacio Ellacuría, 'Pharmakós cristiano' (1977)

Más de una vez lo he dicho: en medio de tantas maravillas científicas y técnicas, no pocos rasgos de nuestro tiempo -genocidios, corrupción, aplastamiento metódico del disidente- nos ponen en la necesidad moral de ir encontrando a hombres que nos reconcilien con la condición humana, por tanto, con nosotros mismos porque, querámoslo o no, semejantes por naturaleza somos de quienes han concebido tales atrocidades. Pues bien, Ignacio: Uno de esos hombres reconciliadores has sido tú para mí desde que te conozco.

En tus aulas salvadoreñas pasas gran parte del año y durante los meses que resides en Madrid, tus trabajos y los míos van impidiéndose verte y oírte cuanto yo quisiera. Pero sé cuáles son tus empeños en el trópi-

co centroamericano, conozco lo que llena tus meses madrileños, y esto es suficiente para tu condición de pharmakós cristiano.

El término pharmakón significa medicamento. Los griegos arcaicos llamaron pharmakós al hombre cuyo sacrificio ritual limpiaba la ciudad de sus pecados públicos. Hoy tiene otro significado: es el hombre que no por lucro, sino por vocación, consagra su vida propia a la perfección de la vida de los demás. Y, puesto que uno de tales eres tú y por añadidura de manera cristiana, eres para mí reconciliador con la condición humana.

Veamos, si no. ¿Qué haces en El Salvador? A mi modo de ver, enseñar filosofía y teología a la altura de nuestro tiempo, con el rigor que el adjetivo universitario tan perentoriamente exige y con la orientación de la peculiaridad del pueblo que te rodea.

¿Qué haces en Madrid? Ante todo, ayudas filial y fraternalmente a Xavier Zubiri. Con tu gran inteligencia, tu ancho saber y tu fino discernimiento, sirves de apoyo intelectual y afectivo a Zubiri, para que éste, en la plenísima y luminosa madurez de sus 78 años, siga haciendo filosofía.

Escribiste que la filosofía pura no goza hoy de buena salud, ni en España ni fuera de ella. Los llamados filósofos o son docentes, o hacen arqueología o politizan filosóficamente. Y tú como Hegel, como el propio Zubiri, de que sin «filosofía pura» no es posible la plena dignidad histórica de los pueblos. Tú con tu enorme autoridad personal, que te dan esos meses anuales de residencia en El Salvador, donde tan ejemplar y eficazmente sabes poner toda teoría válida al servicio de una praxis liberadora y con una no menos ejemplaridad y eficacia, ayudas a que Zubiri haga una filosofía pura. La suya.

Ni creo ser pusilánime, ni tengo la impresión de vivir en el desánimo. Pero a veces, Ignacio, necesito reconciliarme con mi inalienable condición humana, y a ello provee, incluso sin coloquio contigo, tu simple realidad, el hecho de que seas como eres y hagas lo que haces.

Otra vez se ha equivocado el más pesimista de las sentencias de Tomás de Kempis; otra vez resulta que no vuelve uno menos hombre después de haber tratado con los hombres.

Noviembre, 2014

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com v. 1.604.278.4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW